

MALENKA
RAMOS

Rosas muertas



ROSAS MUERTAS – LA PRIMERA ROSA

CARLA

Tiene otra vez la misma pesadilla. Ni siquiera entiende el significado. A la derecha, junto a su cama, hay una puerta inexistente; sobre la moqueta, una fila de hormigas. En el sueño sigue su rastro y abre la puerta de ese cubículo irreal donde se aglutinan más insectos formando una especie de elevación. Grita por el asco, porque están devorando algo que no logra ver, pero siente que es malo, que no debe estar allí y que, si aparta a las hormigas y moscas, verá algo que le helará la sangre.

Siempre ha sido una chica pragmática —sigue igual— y poco dada al miedo irreal o al temor por tonterías de ese tipo, pero esa pesadilla se repite una y otra vez, haciendo que sus noches sean eternas. Luego está esa sensación indeleble de que no está sola.

Empieza siempre casi a la misma hora, sobre las diez de la noche.

Primero son los arañazos, o la sensación de que algo rasca la pared de su habitación. Habla con la comunidad de propietarios; en el otro piso no vive na-

die, así que cree que son ratones y deja de darle importancia hasta que se repite una vez más y luego otra, seguido de unos susurros imprecisos. Paralizada por el terror, una noche a las dos de la mañana llama a la Policía, pero todo queda en nada. Examinan la casa y no dan con nada; incluso uno de los agentes le pregunta si se ha tomado algo, a lo que ella responde que jamás se ha drogado o medicado. Se van y se queda devastada, con la sensación de que empieza a volverse loca. Se gira lentamente y chilla al verse a sí misma en el reflejo del espejo del salón. Quizá es el momento de aceptar que algo le pasa y acudir a un buen médico; todo puede ser fruto del estrés.

Dos días después vuelve a escuchar su nombre en algún lugar remoto de la casa, como si alguien se hubiese escondido en un armario y tratara de asustarla. El miedo la paraliza y se queda más de un minuto escuchando, sintiendo. Y entonces oye la risa, tan suave, sutil y delicada que cree perder el conocimiento. Avanza temblorosa por el pasillo sin apartar la vista del perchero y la puerta principal. Se precipita hacia el abrigo, se lo pone sobre el pijama y sale a la calle; el débil resplandor de una farola es su única iluminación y hace un frío invernal.

Desde la calle ojea la fachada buscando la ventana de su habitación. Es la única iluminada dadas las horas intempestivas, y cree ver una silueta en la de al lado, pasando de un rincón a otro en completa oscuridad. Y así es como aquel día pasa la noche vagando por las calles, aterrorizada, sin nadie a quien llamar.

Camina y camina, piensa, se atormenta. Si sus pocos amigos se enteraran de lo que le ocurre, la tomarían por loca con toda seguridad y no está dispuesta a pasar por ello, no quiere volver a ser el bicho raro una vez más. Cuando la luz del día cubre el cielo formando un manto azul y blanco, vuelve a casa; todo está igual. Se sienta en la cama, preguntándose si de verdad está totalmente loca y, tras una ducha de agua caliente, se enfrenta al trabajo, casi colapsando al final del día. No escucha ruidos esa noche porque el cansancio la hace caer inconsciente en el sofá del salón. Y entonces comprende que debe medicarse para poder dormir y silenciar esas voces en su cabeza —o, más bien, las voces que ella cree que están en su cabeza—, eso es de lo que se convence día tras día.

Pero los ruidos vuelven, también los sonidos de los pasos, la suave risa y los murmullos. Sueña de nuevo con la puerta de la habitación y aquella fila de hormigas que serpentean por la moqueta. En su sueño, la puerta siempre está entreabierta y los bichos siempre comen algo. Algo que no debería hallarse ahí y que está envuelto en un halo de malignidad, puede sentirlo cada vez más real, y esa sensación la acompaña todo el día.

En el sueño nunca entra en la habitación, nunca aparta a las hormigas y moscas para ver lo que hay debajo. Hasta que en su pesadilla lo que hay dentro sale.

Desde esa noche no vuelve a ser la misma.

Poco tiempo después, llegarán las ratas...

2

EL EQUIPO

Miércoles, 5 de febrero

Kai Vila contemplaba el mar desde lo alto del acantilado. Si miraba hacia la playa, calculaba más de treinta metros a ojo sobre el nivel del mar. La panorámica era impresionante; la acción del viento había esculpido formas irregulares, con pequeñas grietas y cuevas marinas. Dio un paso atrás cuando fue consciente de que si resbalaba acabaría en el fondo del Cantábrico con la cabeza rota, y eso siendo positivo, no sobreviviría a una caída desde aquella altura.

Desde muy niño había deseado vivir en un lugar así, Madrid a veces lo devoraba por dentro. Su padre siempre fue un amante de las rutas de senderismo que recorrían los acantilados, pero, siendo él muy pequeño, se rompió una pierna al caer de una grúa y todo aquello se terminó. A veces su padre cojeaba y la humedad le provocaba dolores. Si caminaba mucho, luego se pasaba varios días hecho polvo frotándose la pierna. El médico le dijo que era una artrosis postraumática que le causaba un dolor crónico debido al desgaste del cartílago, aunque el tejido cic-

tricial le provocaba también rigidez, otro punto a sumar. Así que al final se conformó con fantasear con la posibilidad de retomar aquellas rutas de las que tanto le hablaba, aunque nunca llegó ese momento.

Una gaviota pasó volando por encima de su cabeza y Kai lanzó el cigarro con una especie de parábola. Se abrochó el botón superior del abrigo, hacía un frío de mil demonios y se le estaban congelando las manos. Las metió en los bolsillos y lanzó un suspiro como si estuviera a punto de comenzar un discurso.

—Tirar una colilla encendida en un sitio como este es un peligro, inspector. Debería ser un poquito menos incívico.

Se volvió bruscamente y torció la boca. El tipo que iba hacia él caminaba con paso torpe mientras su gabardina ondeaba en el aire. Kai le dedicó una mirada reprobatoria y asintió.

—Llevo cuatro horas con el culo encajado en el asiento del coche y me he comido una hora más de atasco en la M30, teniente. Sea usted un poco compasivo.

—Siempre has sido un quejica —le respondió estrechándole la mano con firmeza—. Teniente coronel, que no se te olvide mi cargo.

Kai sonrió. Por mucho tiempo que pasara, su relación con aquel hombre se prolongaba como el cauce de un río sin alterar el trato que siempre habían tenido.

—Me alegro de verte, Marco. Ha pasado mucho tiempo.

Marco Mencía se giró hacia el acantilado y Kai se puso a su lado.

—Cuando estabas casado con mi hija tenías mejor aspecto, Vila. ¿Qué tal te va la vida?

—No me quejo.

—Eso está bien.

A pesar de su aspecto recio y firme, dejaba entrever que se estaba divirtiendo y Kai chascó la lengua. Tenía casi setenta años, pero aquel hombre se conservaba mejor que él.

—Tiene que ser gordo para que el máximo responsable de la Guardia Civil me llame. Lo poco que me has contado es que tenéis un cadáver.

Marco Mencía asintió despacio y Kai sacó el paquete de tabaco con el último cigarrillo espachurrado, lo aplastó entre los dedos y jugueteó con la pelotilla. Si no hubiese ido hasta allí, habría estado en su despacho calentito viendo pasar las horas tranquilamente como un marqués. Las pequeñas olas de allá abajo barrían las rocas formando espuma que golpeaba los riscos con violencia. Se giró hacia Marco rezongando y preguntó:

—¿La Unidad Orgánica de la Policía Judicial está con esto?

—No, y por eso te he llamado. Necesito a alguien de confianza que no remueva la mierda, Kai. Eres un tipo curtido, un buen inspector de Homicidios y un buen perfilador criminal. Hace un par de semanas te habría dicho que teníamos un cadáver, pero en estos últimos días las cosas han cambiado.

Kai no había escuchado nada en las noticias y eso lo dejó algo descolocado.

—¿Hay más?

—Digamos que han pasado ciertos acontecimientos que nos llevan, en poco tiempo, a tener varias muertes, todas demasiado cerca geográficamente unas de otras y con demasiadas coincidencias entre sí.

—¿Qué? ¿Crímenes en serie? Soy inspector de Homicidios, pero tienes a la Unidad Central Operativa. Esto es un maldito pueblo costero, ¿por qué no tiras de la UCO?

—No he hablado de crímenes en serie. Queremos llevar el tema con discreción. Además, si tuviera que tirar de alguien, ya estaríamos hablando de la Europol.

Kai hizo un giro de lo más extraño para mirarlo de frente. Se estaba perdiendo. Su exsuegro lo había llamado hacía dos días a las doce de la noche para verlo en Asturias, en un pueblo perdido de la costa. No le había explicado nada, solo que tenía que ir y que sus superiores ya estaban al tanto. No le sorprendió; no era la primera vez que colaboraban, pero la falta de información lo dejó desconcertado, pese a que trató de indagar con esmero y con todos los medios que tenía.

—¿Europol? ¿Tus cadáveres tienen algo que ver con el crimen organizado?

—Eso es lo que debes averiguar —le dijo mirando al océano—. De momento tengo el cadáver de una cría. No queremos que la prensa se entere, por eso te llamé. Si esto sale a la luz, cundirá el pánico y empezarán a enredar la realidad. Tenemos un cadáver que apareció hace dos días en una nave industrial a dos kilómetros de aquí. Los detalles te los contaré por el camino. No son agradables.

—Espera, espera. ¿Todo esto por una chica muerta? No me lo creo. ¿Por qué has mencionado a la Europol?

Marco Mencía se acarició el bigote con dos dedos.

—Puerto Castro tiene ocho mil habitantes, chico, aquí nunca pasa nada, pero si has estudiado un poquito de historia, sabrás que desde la Guerra Civil este tipo de orografía ha servido como punto estratégico para el contrabando de mercancías. ¿Te pongo un poco más al tanto de historia de España? Durante el franquismo se usaba como ruta clandestina de contrabandistas que movían mercancías entre España y Portugal. —Puso una mueca al ver la expresión de Kai—. Este lugar tiene su historia. Es un pueblo turístico. Hace unos años se construyó un hotel y varios restaurantes. El municipio ha crecido mucho. Eso es lo que todos saben, o al menos la versión oficial. La otra parte es un poco más delicada. La mafia italiana construyó todo ese entramado turístico y compró hace años varias fábricas y almacenes, pero eso lo sabemos ahora. Más bien, lo sabemos desde hace varios días, cuando la cría apareció asesinada a golpes en uno de los almacenes de esa gente.

—¿Qué?

—Lo que oyes, Kai. No podemos levantar la liebre porque creemos que no tienen nada que ver. Y los calabreses llevan tiempo cooperando con la policía española ofreciendo información de cárteles sudamericanos. Puede que sea casualidad y que el asesino haya dejado a la cría en esa nave sin saber de quién era, pero estaremos de mierda hasta el cuello si esto sale a la luz. Vamos. Te explicaré todo con calma mientras comemos en...

Kai lo agarró del brazo y Marco lo miró.

—¿Estamos hablando de sobornos o de confidentes clave?

Siempre habían existido confidentes clave en la mafia; a cambio, los dejaban operar con ciertas restricciones, pero si hablaban de blanqueo de dinero que financiaba a políticos o cuerpos de seguridad, era otro cantar. Kai detectó cierto titubeo en su exsuegro y tensó la mandíbula.

—Marco... No me jodas.

—Hay un poco de todo.

—Me *cagüen* la puta. ¡Esto es un puto marrón!

—Espera a que te cuente toda la historia, joder. No puedo ponerte al día en media hora.

—¿Estás metido en esto, Marco?

—¿Qué? ¿Eres gilipollas? No, no estoy metido en esto.

El suave ronroneo de las olas se mezcló con el sonido de las ramas de los árboles cuando el aire sopló.

—¿Es una investigación reservada?

Un método que se solía usar para ocultar datos a la misma Policía. A veces solo los investigadores y el juez tenían acceso a la investigación. Se filtraba o anulaba la información a la prensa, incluso había muertes que se catalogaban como «accidentales» o «suicidio» en vez de «homicidio». Era un modo de controlar a los testigos que podían ser sobornados.

—Creo que vamos a ir un poco más allá —respondió Marco—. Se te asignará un grupo reducido de agentes de confianza sin vínculos con la comisaría local. El juez decretará secreto de sumario para que otros departamentos no puedan ver nada y así impedir que la información se filtre. Evitaremos la comunicación desde correos oficiales y tendremos reuniones en persona.

—Piensas que hay agentes corruptos.

—Creo que tenemos que ser prudentes porque vas a tener que trabajar con la mafia.

Kai parpadeó.

—¿Qué?

—La cría que encontramos en el almacén era la hija de un enlace de los calabreses. Un estibador que introducía cocaína en contenedores marítimos. Puede que el crimen no tenga nada que ver con ellos y sea una maldita casualidad. Las otras muertes son algo que quiero analizar un poco, prefiero no dejar ningún cabo suelto ni llevarme sorpresas. Pero, sea una casualidad o no, los calabreses se lo han tomado como una ofensa. Ayer llegaron al pueblo y están alojados aquí. Si no damos con el asesino, van a poner patas arriba este jodido lugar y si llega a la opinión pública...

—Algunos de los nuestros estarán jodidos...

Marco asintió.

—Algunos lo suficientemente importantes para generar una crisis a nivel nacional, Kai... Debemos averiguar quién mató a esa chica y si los otros cadáveres están relacionados, aunque sea mínimamente. Tenemos que trazar un perfil y averiguar si la mató un pirado que la eligió al azar o si es algo personal con la mafia.

—Ninguna de las dos opciones es buena —susurró. Miró hacia los dos vehículos aparcados muy cerca del bosque—. ¿Quién será mi compañero?

—Eso mejor te lo cuento por el camino.

Cuando lo vio acelerar el paso, tras zafarse por segunda vez de sus garras, Kai lo siguió veloz.

Martina volvió a notar la vibración del párpado.

—Qué hombre más temperamental. —Marcelo dio una palmada y volvió a reír.

—A mí me lo va a decir.

—La recogeré a las ocho delante de su casa —dijo Bernabé.

Ella se fue hacia la puerta y, cuando se giró, casi chocó con él.

—Y recuerde una cosa, inspectora —Rinna se apartó un poco. Olía a perfume—: queremos ayudarnos, no matarnos.

—Eso lo tengo claro, pero tendrá que entender que es complicado ir a rebufo de la mafia calabresa.

—Suenan poético —dijo con una sonrisa.

Martina abrió la puerta.

—¡Pase un buen día! —oyó mientras se alejaba.

—Esto es de locos...

Cuando salió a la calle, Kai estaba apoyado en un coche fumando un cigarro. Fue hacia él y lo empujó.

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Pretendes decirles que sí a todo como si fueran nuestros superiores? ¡Son la puta y jodida mafia, Martina! ¿Lo recuerdas?

Ella apretó los dientes hasta que se hizo daño.

—Lo único que sé es que con una investigación encubierta como la que tenemos que llevar es nuestra única posibilidad de conseguir cierta información y si tengo

que bailarles el agua hasta lograr saber lo que quiero, lo haré, Kai. Se trata de sentido común y claudicar un poquito, no de medirme la polla con ellos.

—¿Medirme la...?

—Si no colaboramos con ellos, no tendremos acceso a los hombres que trabajan en el muelle y ellos pueden darnos los medios para ocultar nuestra jodida investigación. ¡Estamos solos en esto, joder!

—¡No me hace ni puta gracia recibir órdenes de dos putos criminales!

—Yo solo quiero resolver todo esto. ¡Y me da igual si esos hombres me ayudan!

Kai abrió mucho los ojos, lanzó la colilla con fuerza y se encaminó al coche. Ella fue detrás.

—¡Guarda tu jodido ego! ¡Kai, estoy hablando contigo!

El inspector ya había llegado al coche y se estaba subiéndolo en él; casi le cerró la puerta en la cara y ella golpeó el cristal con el puño. Cuando se sentó a su lado, su exmarido miraba al frente con la vista perdida.

—Solo hasta que nos permitan acceder a la información que queremos... Si lo hizo uno de sus hombres y no tiene que ver con su puta mafia, es el modo de llegar a él...

—Claro, y tengo que ir yo con el mayor tarado del reino mientras tú te metes sola con el cabeza visible de la mafia en un muelle lleno de narcotraficantes.

—No veo otro camino. Quieren tener la misma información que nosotros. Toma —dijo dándole el papel donde Ciro Lucas había apuntado los nombres de los amigos de Valeria—. Son amigas. Habla con ellas y...

—¿Y si Ciro nos oculta algo?

—Lo sabremos con el tiempo, aunque sigo teniendo fe en él.

—Siempre ha sido leal, pero los años cambian a las personas. Si necesitaba dinero...

Bernabé levantó la vista muy despacio y lo observó fijamente.

—El dinero reemplaza los valores tradicionales, hermano. Siempre hemos tenido algún problemilla cuando los negocios no están en casa. No me sorprenderá nada de lo que pueda averiguar. No son los nuestros, son mejores empleados asalariados.

Marcelo se acarició el pelo de la nuca con un gesto yladeó la cabeza.

—Es imperdonable que esa cría haya aparecido en nuestro almacén. Si el crimen tiene que ver con nuestra organización, los mataré —dijo muy despacio—. Sean quienes sean. Me da igual los años que lleven a nuestro servicio.

—Lo sé, pero trata de... no desquiciar a ese tal Kai. No se lo ve con mucha paciencia.

Marcelo dejó escapar una risa encantadora y aquella mirada suya afilada le hizo parecer un zorro astuto.

—Ah, vamos... Ten un poco de fe. En el fondo soy un tipo adorable.

—Ya. Claro. El problema es que tienes un fondo muy profundo.

El hermano pequeño abrió mucho los ojos.

—Esto va a ser muy divertido... Pero que muy divertido...

El salón de la casa era grande y en él convergían las demás habitaciones de la planta baja. Rodrigo estaba sentado frente a dos monitores y, al oírlos entrar, giró un poco la silla y les hizo un gesto. Martina y Kai dejaron los abrigos en un perchero y se aproximaron. Habían llegado los móviles que usarían y estaban sobre la mesa, etiquetados con sus nombres.

—Bonitos teléfonos —dijo Kai cogiendo el suyo—. Tienen más años que un bosque.

—Menos da una piedra. —Martina tomó el que le correspondía y lo examinó.

—Mirad —Rodrigo apuntó con el dedo hacia la pantalla derecha, donde tenía abierto un perfil de Facebook—, es de Carla Llana, la chica que se cayó por las escaleras de su casa hace unos meses a veinte kilómetros de Puerto Castro. Y, en esa pantalla, están el Facebook y las demás redes sociales de Elda Rivas, la chica que apareció en el baño.

Carla Llana salía sonriendo en una imagen frente a un bosque, vestida con ropa deportiva, y Elda Rivas tenía una foto de perfil sentada en un restaurante con una amiga. Las dos parecían de la misma edad y se notaba que tenían una vida social normal por la variedad de imágenes tomadas a lo largo del tiempo. Rodrigo minimizó varias pantallas y abrió otra.

—Este Facebook es de Miriam Coto, la chica que colgaba unas cortinas. Es la única red social que tiene y no pone nada especial. Hay muchas imágenes de cosas relacionadas

MENTIRAS Y MEDIAS VERDADES

Martina estuvo a punto de soltar un grito cuando chocó con él. Esperaba que fuera el tal Arty; en cambio, con el que se estampó fue con el guardaespaldas, un tipo que debía de medir dos metros, de pelo cano y con una cicatriz en el ojo. Tras el susto inicial, la situación fue algo decepcionante, ya que estaba preparada para pelear. No era la primera vez que se encontraba metida en algún lío complicado. Siempre salía airosa, aunque muchas veces le habían dicho que se jugaba la vida con mucha facilidad, que debía ser más prudente y que en algunas ocasiones no pensaba en las consecuencias. Sin darse cuenta, había sacado el arma y apuntaba al gigante con los ojos chispeantes. Cuando fue consciente de que aquel hombre no era el que esperaba, soltó un resoplido y se guardó la pistola. Bernabé Rinna no tardó en girar la esquina.

—Se ha debido de meter por alguna callejuela. No lo vemos.

No podía permitirse que los pillaran en aquella situación, trabajar de ese modo tan encubierto era una auténtica mierda. Si un único vecino detectaba una pistola,

llamaría a la policía y tendrían que dar explicaciones de demasiadas cosas, y ya estaban dando de más por culpa del gilipollas de la cama que había aparecido muerto. ¿Quién en su sano juicio podía correrse una juerga entre tanta mierda acumulada en la casa? Solo de pensarlo le daban escalofríos, pero la inmundicia no era algo que la pillara de sorpresa; había tenido que lidiar muchas veces con ese tipo de escenarios dantescos. Gente que vivía entre mierda, que comía entre mierda, que follaba entre mierda. La crudeza de la realidad cuando las drogas quitaban el poco sentido común que se tenía.

—Maldito Arty —susurró agobiada mientras ojeaba alrededor tratando de detectar a algún vecino cotilla en las ventanas—. No podía ser tan fácil, supongo.

—Salgamos de aquí.

Ya en el coche de Rinna, no dejaba de dar vueltas a la cabeza. No quería que aquel caso provocara errores que hicieran que su padre tuviese que limpiar su mierda. Pensar en esa posibilidad la ponía de mala leche; jamás en toda su carrera había dependido de él, incluso había muy pocas personas que supieran quién era o qué relación tenían. Estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que le vibraba el móvil. Cuando lo miró, Rodrigo ya había colgado, así que lo llamó.

—Jefa.

—Perdona, lo tenía en silencio.

—¿Cómo va todo?

El joven era a veces como el hermano menor que nunca había tenido, aunque ella no era muy dada a las señales de afecto. Se percataba de que siempre que tenía algún

caso complicado, él le preguntaba cómo estaba; no de un modo directo, pero lo hacía.

—Bien, un día de lo más extraño. Te lo contaré cuando regrese. ¿Tienes alguna novedad?

—Su pa... El teniente coronel me ha hecho llegar el ordenador portátil de la cría del almacén. Era el único dispositivo aparte del móvil que tenía en su casa y le he estado echando un vistazo. Jefa, ¿tiene cerca a Rinna? —preguntó bajando la voz.

Martina observó el paisaje a través de la ventana.

—Un poco.

—Le voy a pasar una imagen.

—Entiendo, no hay mucho, por lo que veo. Bien, luego hablamos.

Colgó la llamada, apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y observó de reojo a Bernabé, quien iba absorto en su móvil.

Una notificación emergente le zumbó en la mano y abrió el WhatsApp. Rodrigo le había mandado una imagen de la hija de Ciro sentada en algún lugar del muelle. Cuando abrió la imagen y la expandió, vio al hombre que estaba a su lado.

—Me *cagüen* la puta —susurró.

Rinna la miró de soslayo, y ella se giró y le puso el teléfono delante de la cara.

—¿Qué demonios hace?

—Me ha mentido. Pare el puto coche.

—Me aburro. Me aburro mucho —se lamentó.

Kai se volvió hacia Marcelo Rinna, repantingado en el sofá de Elda Rivas. Había revisado toda la casa sin éxito y sin ninguna señal que lo llevara a pensar que había algo raro en la muerte accidental de aquella mujer. Una enorme puerta corredera separaba el salón del aseo, donde sucedió la tragedia. La bañera era grande, pero no tenía mampara; no pudo agarrarse a nada cuando resbaló.

—Por mí puedes irte si tanto te aburres —le dijo pasando a su lado.

Rinna movió la pierna apostada y lo hizo tropezar.

—Perdón, ha sido sin querer.

—Joder, trabajamos sobre conjeturas. Solo unos putos pétalos que no dicen nada. No vimos nada en la casa de Carla Llana y no vemos nada aquí. Tenemos una maldita discusión de amigas y un novio...

—Follamigo —lo corrigió.

—Da igual cómo lo llames. Un amigo con el que se iba a la cama y una amiga con la que Carla discutía y que dice que le hablaban las putas paredes.

Kai se fue hacia la ventana que daba a la calle y se apoyó en el cristal. Kendo permanecía de pie junto al coche fumando un cigarro.

—Que te hablen las paredes es un síntoma de que algo en tu cabeza no funciona bien, inspector. No sé lo que estamos haciendo, pero me divierto contigo.

—Estaba asustada... —susurró, y recordó en ese momento los comentarios bajo las fotografías de una tal Susana. ¿Qué era lo que había escrito? Algo que ver con

UNA CHICA REBELDE

Era jueves y, aunque Puerto Castro no era una gran ciudad, había bastante gente por el centro. Martina aún no había comido; había rechazado la invitación de Bernabé Rinna para ello, prometiéndole que esa noche cenaría con él, pero primero tenía que pasar por la tienda de ropa donde Valeria Lucas trabajaba y no quería que él se entrometiera en toda la investigación. Le dijo que había quedado con Rodrigo, su compañero, y puso rumbo al centro.

En ese momento estaba allí, plantada en la acera de enfrente, y aquel edificio de tres plantas le parecía apabullante. Cruzó la calle con calma y observó el local. En la planta de abajo había una cafetería abarrotada de familias con niños. Vendían todo tipo de dulces que uno mismo podía servirse cogiendo una bandeja, como en un aeropuerto. Cuando vio pasar a una mujer con un enorme pastel y un café, sintió que el estómago le daba una vuelta y se apresuró a entrar por el flanco meridional, ya que allí estaba la puerta que subía al primer piso, donde se encontraba la tienda de ropa de Valeria. La multitud de abajo dio paso a una calma relativa en aquella planta con el

suelo de moqueta gris. Las paredes estaban revestidas de percheros llenos de ropa. La tienda era como un corredor cuadrado, en cuyo centro había una inmensa barandilla de cristal que daba a la cafetería de abajo. «Demasiado grande y ostentoso para Puerto Castro», fue lo primero que pensó. Pero había bastante gente, y el piso de arriba era el que albergaba la ropa de hombre, así que supuso, mientras paseaba, que aquella cadena de ropa funcionaba porque era donde compraban no solo los habitantes de ese lugar, sino los de los pueblos de alrededor. No se equivocaba. Una mujer de unos veinte años, de pelo rubio y lacio, con una especie de walkie-talkie en la mano, le explicó la situación y le dijo que Valeria era una de las vendedoras más activas que dependían de ella.

—Le gusta la moda y demás. Siempre está encantada de ayudar a cualquiera que se lo pida. De hecho, poco tiempo después de empezar a trabajar aquí, le pedí que enseñara a las chicas menos preparadas en cuanto a atención al público. Valeria tiene un don para la gente. Santo Dios. No me puedo creer que no se sepa nada de ella... No sabía ni qué inventarme estos días con... Ya me entiende.

La encargada ojeó a su alrededor y, apoyando la mano en el brazo de Martina, la llevó hacia una sala anexa donde había una mesa y una máquina de café.

—Perdone, aquí estaremos más tranquilas, inspectora. Mi jefe me avisó de que no comentara nada sobre el tema si alguno de ustedes venía. Aquí las chicas son jóvenes y ya sabe cómo va: cotillean y todo acaba sabiéndose. ¿Saben quién...?

amor. Porque quiere ir a verlo; ella está segura de que él la puede ayudar. En el trabajo hay personas que no la conocen, toma decisiones, la gente la felicita y eso es un atisbo de lo que puede lograr fuera de allí.

Pero entonces su padre descubre algo, y todo lo que ella temía se hace realidad. Sus palabras se transforman en cuchillos afilados que le recuerdan lo que llevan años diciéndole: que no es suficiente, que solo es la hija de un estibador... Y se hunde en un abismo, llora desconsoladamente por todo lo que calla, llora por todas las malas palabras que le han regalado sin pedirlo, por la soledad, por quién es, por lo que no ha logrado, por todo lo que desea que nunca tendrá... Lloro por él.

—No te levantes.

Mateo alzó la vista y vio al hombre delante de él. Se incorporó, se sentó en la cama y observó cómo arrastraba la única silla que había en la habitación hasta colocarla delante de él con el respaldo por delante. El tipo no tenía pinta de madero, menos aún cuando se fijó un poco más en él. Vio sus manos tatuadas, su Rolex, su traje caro.

—¿Quién es usted?

El hombre se sentó y apoyó las manos en el respaldo con tranquilidad.

—Alguien que necesita tener una conversación contigo antes de tomar decisiones.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella.

Mateo se irguió y él continuó:

—Le has dicho a la policía que la drogaste como un juego y que ella estaba de acuerdo. Has dicho que solo usaste la ketamina para... amenizar la fiesta, pero cuando alguien ameniza una fiesta suele tomarla él también y tú no lo hiciste.

—No, pero... Bueno, yo realmente no lo necesitaba y ella, bueno..., ella...

—Valeria.

—Eso, Valeria siempre fue un poco cohibida, aunque se... se animaba rápido, si...

Tatuajes en la manos, tatuajes en los brazos. Un sello en el dedo... Mateo examinó veloz lo que tenía delante aún notando aquellos fríos ojos encima del cogote.

—Oiga, solo quería que se divirtiera, que lo pasara bien, ya sabe. Valeria es una persona que no tiene muchos amigos porque saben que su padre anda metido en cosas raras. La gente del pueblo es así y no le gusta que...

—No le gusta ¿qué?

—Ya sabe. En el muelle... Bueno, todos hablan siempre de lo mismo. Su padre tuvo líos con la policía hace años y ya sabe cómo piensa la gente de aquí.

—No lo sé, soy italiano.

La sangre se le acumuló en la cara y le latían las sienes.

—La invité a cenar varias veces porque me caía bien y, bueno...

—Estaba buena, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—Eso es, pero no era solo que estuviera buena. Buscaba lo mismo que yo y en confianza era divertida y eso. No hice nada más.

—Pero la dejaste irse sola después de drogarla, como mínimo.

—¡Ella estaba bien y me dijo que se iba!

El hombre bajó la cabeza y observó en silencio el suelo de la celda.

—Una mujer bajo los efectos de las drogas no tiene mucho sentido común, pero tú la dejaste irse sola... Voy a preguntártelo una sola vez: ¿la seguiste?

Mateo negó nervioso cuando el tipo se levantó y empezó a doblarse con elegancia las mangas de la camisa. Tenía un arma bajo la chaqueta del traje.

—Yo solo... ¿Quién es usted? ¡No es policía!

Sonó la puerta, alguien abrió, un individuo enorme con los ojos tan negros como la noche, y Mateo vio que se apartaba para dejar pasar a otro tipo con pinta de delincuente y una cicatriz que le cubría la mejilla.

—¿De qué va todo esto...? —Su voz se fue desvaneciendo como si no tuviera fuerzas y comprendió.

Y entonces se aferra a lo único que tiene, la compañía barata de un amigo, o lo que ella cree un amigo, con el que ríe, aunque su risa solo sea un modo de protegerse del mundo y de todo lo que la rodea... Al menos allí, escondida entre sus brazos, puede imaginarse que no es su amigo, sino el hombre y puede creer —aunque sabe que no es así— que la ama y que es lo más parecido a lo que el hombre puede darle si es capaz de confesarle, cuando vuelva a verlo, todo lo que siente por él. Aunque su padre le diga que no es suficiente, aunque sea la hija de un estibador, aunque sean solo fantasías. Únicamente él puede romper esos sueños y entonces se aferra... y acepta, y consiente, y

permite... Para olvidarse del infierno en el que vive, sin ser consciente aún de que el infierno solo acaba de empezar...

★★★

—¿Qué haces?

Martina pasaba imágenes en su teléfono móvil conectado a un cable que le habían dejado en aquel local abarrotado de gente a las seis de la tarde.

—Veo las fotografías de un invernadero al que fui. No sé, el tema de los pétalos de rosa que dijo Rodrigo me sigue dando vueltas en la cabeza, pero no tengo muy claro lo que busco.

Kai pidió dos cervezas y miró la hora.

—Tu chico y ese afán de convertirlo todo en una novela de suspense me sacan de mis casillas.

Rodrigo los había llamado y les había dicho que tenía algo muy importante que decirles y en ese momento estaban allí, rodeados de adolescentes, sentados en una zona algo apartada sin mucho más que hacer que esperarle.

—Hasta que no analicen el coche de Mateo no tenemos nada más —dijo Martina—. Si la siguió y la mató, algo encontrarán, y si no hay nada, entonces estaremos en el punto de partida y tendremos que...

—¡Jefa!

Rodrigo chocó con una camarera, se disculpó y fue directo hasta ellos. Detrás de él iba Maya Prida y Kai puso una mueca y preguntó:

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó Martina.

—Sí, es la amiga de una de las chicas que...

—De Carla —aclaró Rodrigo—. Perdón, la culpa es mía.

—Yo también me alegro de verlo, detective. Voy a por algo de beber.

La inspectora le lanzó una mirada inquisitoria y Kai le hizo un gesto con la mano cuando la chica se fue hacia la barra.

—Dos de los pisos de las chicas que murieron en un accidente tenían en los armarios una trasera falsa —dijo sacando el teléfono—. He hecho fotografías, mirad... Esta es la de Carla, y estas las de Elda.

—Joder... —Martina cogió el móvil—. ¿Has ido al de Valeria y Miriam también?

—Sí, pero allí no he encontrado nada. Bueno, sí. Me topé con Bernabé Rinna, pero...

—¿Rinna estaba allí? —lo interrumpió Martina.

—Sí, bueno, solo fue un momento. Como si hubiese pasado a ver el piso por primera vez. Estaba observando las fotografías que Valeria tenía en la habitación y luego se marchó. Fue una cosa de cinco minutos.

—¿Por qué diablos Maya Prida viene contigo? —Kai volvió a la carga.

—Eso. A ver, fue un...

—Rodrigo, si esa chica sabe más de la cuenta, significa que se ha violado la confidencialidad de un proceso. Lo mínimo que te puede pasar es una falta disciplinaria o administrativa que manchará tu historial y no pensemos en una sanción o un posible delito.

16
PRÍNCIPES DE LA MAFIA

Sábado, 8 de febrero

Marcelo Rinna se quitó el abrigo mientras el coche bajaba la pendiente que daba al muelle. Y pensar que había estado a punto de renunciar a aquello si el inspector le hubiese seguido el juego...

El coche no entró en el muelle, sino que rodeó la zona portuaria hasta una de las dársenas que ya no se usaban a pleno rendimiento. Decenas de contenedores se recortaban en la noche, generando sombras a su alrededor. Rinna sacó el móvil y, mientras se quitaba los zapatos, lo apoyó en el hombro para hablar.

—¿Dónde estás, Berni?

—Llegando. Y no me llames así, sabes que no me gusta.

—Deja de quejarte tanto y vente más rápido. La lancha entrará en menos de diez minutos.

Bajó del coche, descendió la pequeña loma y accedió al recinto. La oscuridad era tal que casi se comió una de las grúas abandonadas y herrumbrosas que habían atravesado allí en medio. Sacó la pistola, puso el silenciador y giró por la derecha de uno de los gigantescos contenedo-

res. Oyó el suave rugido de un motor a lo lejos y contempló la oscuridad al tiempo que percibía movimiento a su alrededor a ambos lados de donde él estaba. Oyó un silbido; detectó la lancha acercándose lentamente con dos personas. Hizo un movimiento con el brazo a los dos hombres que tenía a su derecha y estos se ocultaron entre los contenedores.

—Aquí vienen los niños... —susurró antes de disparar a una silueta que se acercaba a la lancha y que cayó a plomo en mitad de la nada.

Se lanzó hacia delante, lo agarró de una pierna y tiró de él. El hombre al que había disparado aún estaba vivo y gimoteó un microsegundo hasta que lo acuchilló en el cuello. La sangre le borboteó entre los dedos, salió disparada como un chorrito negro hacia ninguna parte. Ante ese tipo de situaciones no había segundas oportunidades, era algo que su padre siempre les decía cuando eran niños. Hizo un giro de muñeca. El hombre boqueaba sin decir nada concreto, luego Kendo lo agarró por un brazo y desapareció con él engullido por la sombras y el crujido constante de los cabos.

—Vamos a por el siguiente... —murmuró cantarín.



¿Dónde coño se había metido Martina que no estaba en casa?

Kai estaba convencido de que lo había dicho en bajo, pero, cuando Rodrigo mencionó entre balbuceos que se había ido a cenar con la forense, lanzó un resoplido al

aire y lo cargó como un fardo de patatas hasta el baño. Iba a desnudarlo, pero se lo pensó mejor; lo metió en la bañera vestido y abrió el agua fría. Trabajar de policía te hacía saber mover cuerpos medio muertos en circunstancias de lo más variopintas, en una ocasión había tenido que cargar con una mujer montada en su espalda porque se le había partido el tacón al meterlo en una tapa de alcantarilla. Rodrigo rezongó, el agua le cubría poco a poco. Abrió los ojos, lanzó un sonoro sollozo al aire y se hundió. Kai cogió la ducha y le apuntó con ella a la cabeza, la cara y el pecho.

—Vamos, chaval. Es hora de despertar.

—Ay, inspector, qué mal me siento.

Le dio la alcachofa.

—Quítate esa ropa y métete en la cama. Te vendrá bien dormir.

Se fue al salón, no tenía ganas de dormir, así que se sentó frente a los ordenadores de Rodrigo y se puso a buscar los datos del tal Arturo Salerno en Google. No tardó en toparse con varios resultados relacionados con la inmobiliaria, también había un perfil de Facebook, donde posaba en varias fotografías sonriendo a cámara mientras entregaba las llaves de pisos que alquilaba o incluso vendía. Durante un buen rato se dedicó a navegar por el perfil de la inmobiliaria buscando algo interesante hasta que dio con las dos imágenes de Elda y Carla posando junto a él con las llaves de sus viviendas.

—Aquí estáis...

Pero ninguna de Valeria y Miriam Coto. Debía tirar de ese hilo. Era lo único que tenían.

20
MAMI

—Nunca tuve intención de hacer daño a nadie —dijo Arturo—. Ni siquiera sabía que existía, nunca me atreví a hablar con ella después de alquilarle el piso.

—Hablas de Carla.

Él asintió. El abogado se frotaba la coronilla algo agobiado, pero su cliente no tenía intención de callar después de estar casi una hora recordándole en cada pregunta que no tenía por qué responder y que podía acogerse a su derecho de guardar silencio.

—No era feliz y ese hombre, ese amigo que tenía, solo se aprovechaba de ella. ¡Yo lo veía con otras! ¡Lo llegué a ver con esa chica que desapareció! —gritó, pero al momento se calmó y se rascó de nuevo la mano—. Solo quería coger algo de ella para tenerlo de recuerdo... —susurró.

—¡Arturo! —ladró su abogado.

—Se asustó —dijo ignorándolo—. No... no pensé que llegaría tan pronto, solo quería coger algo de ella para... mí... Le juré que traté de agarrarla, pero se me resbaló y se cayó por la escalera... Y yo no sabía qué hacer, no sabía dónde ir y me entró el pánico porque no debía estar ahí. No tenía que estar ahí...

Kai miró hacia el espejo que separaba ambas salas y se quedó un instante en silencio. Entonces dijo:

—Y casualmente pasó lo mismo con Elda.

Arturo levantó la vista de la mesa espantado.

—No. ¡Yo no tuve nada que ver con eso!

—Ya, pero se cayó en la ducha y también murió.

—¡Creo que ya es suficiente! —El abogado se levantó bruscamente—. No tienes que responder a más preguntas, por el amor de Dios.

Los ojos desorbitados de Arturo seguían su compás frenético.

—No se lo diga a mi madre —susurró—. No se lo diga, no se lo diga, por favor...

—Hemos terminado, inspector. Mi cliente no va a decir una sola palabra más.

Kai se levantó, salió de la sala y entró en la de al lado, donde Rodrigo permanecía muy atento a los dos hombres.

—¿Y ahora qué? —preguntó el informático.

—Es sospechoso y acaba de reconocer que estaba en casa de Carla cuando murió, así que pasará a disposición judicial y que el juez decida, pero hay posibilidad de que destruya pruebas.

—¿Crees que las mató?

Kai suspiró. En la otra sala, Arturo lloraba mientras su abogado le daba suaves palmaditas en el brazo.

—No lo sé, Rodrigo, no lo sé. Ha mencionado a la chica que desapareció; se refería a Valeria, y eso me lleva a pensar que no tiene nada que ver con su crimen, pero tendremos que investigarlo.

—Sí, me he dado cuenta. —Rodrigo se volvió hacia él—. Es duro, ¿verdad? Me refiero a vivir este tipo de situaciones donde te das cuenta de que un simple accidente o el capricho de alguien puede acabar con una vida sin más. ¿En qué momento dejamos de comportarnos como seres humanos y cometemos estas barbaridades? No puedo entenderlo...

—Eran chicas muy jóvenes y, aunque no suene muy alentador, hay algo positivo en todo esto.

—Algo positivo... —repitió él—. Dios, no me imagino que haya algo positivo.

—Gracias a Valeria, esas mujeres tendrán justicia.



Martina se guardó el teléfono y paseó por el almacén mientras se aproximaba al portón medio abierto. Su cabeza no dejaba de funcionar a mil por hora tratando de entender por qué fue allí y no en otro lugar donde encontraron a la hija de Ciro Lucas. ¿Qué la llevó allí? ¿O quién? Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Bernabé Rinna estaba en el espacio abierto del portón. Su sombra se proyectó delante de ella y alzó el rostro. Durante un breve instante tuvo la tentación de saltar sobre él y besarlo. Se había cansado de seguir las normas, se había hartado de callar después de saber, tiempo atrás, que muchos de los hombres a los que ella había admirado tenían las manos manchadas de sangre, que posiblemente su padre tenía algo que ver en todo aquello, que era alguien

23

UN TRATO

Martes, 24 de junio

Había más de diez cajas apiladas formando torres en medio del salón y muy pocas ganas de sacar su contenido y ordenarlo. Desde que había llegado a Madrid tenía la sensación de que la ciudad se la comía entera. Antes, apreciaba el bullicio y la masificación de gente no la molestaba, pero había pasado bastante tiempo en una ciudad muy tranquila y le estaba costando volver a adaptarse.

—Esta es la última.

Rodrigo dejó la caja sobre las cinco que había en la última torre y se abrió la cerveza que Martina le había dejado sobre la mesa. Previamente comprobó que no tenía alcohol, algo que a su nuevo jefe solía olvidársele muy a menudo.

—¿Qué tal los primeros días con Kai?

—Oh, bien. Es casi como trabajar con usted cuando...

—Rodrigo, tutéame de una vez. Además, ya no soy tu jefa.

Desde lo sucedido en Puerto Castro, la Interpol se había fijado en ella, pero Martina había rechazado cual-

quier tipo de acercamiento. Los puestos dependían del aval del Estado, y si este no la apoyaba, no iba a poder hacer nada. Había decidido dejar su puesto de inspectora para comenzar una larga cruzada contra todos los que estuvieran recibiendo mordidas de las mafias. Kai le dijo que había perdido la cabeza, pero luego prometió que la ayudaría en todo lo que fuera posible. Y cumplió su palabra porque, dos días después de que ella abandonara su cargo, pidió que trasladaran a Rodrigo a su departamento para que dependiera de él. Lo que ella pretendía hacer solo podía ser posible en algún organismo internacional de carácter independiente. Pero al final se decidió por la Europol porque, aunque ella como tal no podía abrir una investigación como antes, ese papel lo podría llevar perfectamente Kai. Mientras, ella se ocuparía de recolectar, analizar y cruzar información sobre crimen organizado, corrupción y blanqueo. Su papel también era el apoyo a la Policía Nacional con Inteligencia Criminal y coordinaría operaciones conjuntas. Investigar agentes corruptos no era posible directamente, pero sí de un modo indirecto: las relaciones entre policías, políticos y criminales era algo que sí le competía, como detectar patrones de blanqueo, redes de mafias y tráfico ilícito. Todo eso llegaría directamente a las autoridades judiciales del país afectado, en el caso de España se ocuparía bien de que fuera a través del departamento de Kai Vila. Además, tendría acceso a información internacional muy valiosa que hasta ese momento desconocía.

—¿Por qué no te decidiste por entrar en el OLAF?
—le había preguntado Kai el día que llegó a Madrid, to-

mando algo con él—. La oficina contra el fraude sí puede investigar directamente y es independiente.

Ella le sonrió porque el OLAF era justo el lugar donde quería acabar definitivamente, pero se accedía a través de un concurso de la Unión Europea y estar en la Europol la iba a ayudar mucho sin que su padre metiera la manita milagrosa por en medio, algo que nunca aceptó.

—Es la idea, pero todo lleva su tiempo —dijo aquella noche.

—Jefa —Rodrigo se estaba yendo hacia la puerta—, me tengo que marchar. He quedado esta tarde con la bebedora empedernida de Maya. Hoy viene a mirar pisos y le dije que la acompañaría. Solo es una primera expedición, pero no está mal si su idea es empezar el curso que viene en Madrid. Luego nos iremos a tomar algo con el inspector, por si se anima.

—Hoy tengo mucho que hacer —respondió mirando las cajas—. Esa chica tiene mucha suerte de que tú la apoyes.

El analista sonrió.

—Es lo mínimo después de todo lo que ha vivido. ¡Mañana nos vemos!

Martina asintió.

—Mañana nos vemos.

A las diez de la noche ya tenía todo ordenado en los armarios y el camisón puesto. Jamás se habría imaginado que en tan poco tiempo uno podía acumular tanta mierda, y mira que se había esforzado en que no fuera así. Recibió un mensaje de Kai a eso de las diez y media, en el cual le

decía que se iba a tomar una copa al Kuentin; las costumbres no cambiaban, aquel antro decadente era el lugar donde siempre paraban desde hacía años. Kai... En los últimos años se había convertido en el caramelo más cotizado de la comisaría, su carácter desdeñoso no espantaba a la horda de mujeres que trataban de acercarse a él de un modo descarado y a veces hasta lascivo, pero su ex siempre había tenido la extraña costumbre de ignorar ese tipo de comportamientos, al menos en público, aunque el señorito no perdía su tiempo... Se rio, llenó una copa de vino para celebrar que tenía la casa por fin habitable y se recostó en una de las butacas frente a la ventana.

—Me duele todo... —susurró.

★★★

—¡Me encanta esta canción! —chilló Maya eufórica cuando comenzó a sonar lo que Kai catalogaba como «música obsoleta».

Call Me, de Blondie, tenía más años que un bosque, pero era ese tipo de música que nunca pasaba de moda. Él prefería el rock de siempre, aunque cada vez era más habitual volver a lo de antes. Vio a Maya arrastrar hacia la pista a Rodrigo, al que solo le faltaba arañar el suelo, y giró el taburete hacia el camarero espigado que limpiaba con elegancia un vaso de cristal con un trapo.

—Es lo que hay, amigo —le dijo el barman—. La juventud de ahora está perdiendo el sentido del gusto musical, pero aún hay esperanza...

—Ya veo.

El local estaba abarrotado de gente por culpa de una cena de trabajo de alguna empresa a la que se le había ocurrido hacerla un martes. Él, que buscaba un poco de calma después de un día insufrible de papeleo y más papeleo y aquella ola de calor que se había instalado en Madrid desde hacía tres días y que no se iba. Salir por la tarde por la ciudad era como respirar fuego y las noches no resultaban mucho mejor. Pidió otra ronda de tres, bebió un trago y alguien se sentó en el taburete de al lado y, sin mirarlo, Kai empujó una de las copas y se la ofreció.

—De regalo, hoy me siento caritativo.

Lo que llevaba era un bonito pedal con la tontería.

—Gracias... Es alcohol para pordioseros, pero, tratándose de ti, lo aceptaré con amor.

Esa voz... Giró la cabeza y abrió tanto la boca que sintió un trallazo en la mandíbula.

—No me jodas... —susurró.

Marcelo Rinna apoyó el codo en la barra, se sujetó la mejilla y le regaló una sonrisa de lo más encantadora. Kai miró hacia el otro lado y ahí estaba Kendo, plantado en la puerta principal y observando desde el pedestal que le confería su altura a una multitud de mujeres que lo miraban como si acabara de llegar el mismo dios del Olimpo. Volvió la vista a Marcelo y suspiró.

—Si es que sabía que me iba a volver a topar contigo.

—Eso tienes que agradecerérselo a tu ex. ¿Adivina quién va a ser su padrino?

—¿Qué?

El italiano se acarició los pelitos de la nuca y chocó su vaso con el de él.

—Rinna, no voy a meterme ahora en ningún callejón para verte apalearse gente.

—Solo voy a parlamentar como buen ciudadano.

—Ya. ¿Por qué no me lo creo?

Casi lo arrastraba fuera del bar. Kendo, al verlos ir, abrió la puerta y murmuró sin mucho ánimo:

—Hola, inspector.

—¡Rinna! ¡Espera!

Marcelo se volvió con una inmensa sonrisa y alzó los brazos como un mesías a punto de obrar un milagro.

—Ah... ¡Hoy comienza una bonita amistad!

La ciudad brillaba. Las luces de las farolas se difuminaban con las de los farolillos que la gente colocaba en las terrazas y balcones. Antes, de niña, solo veía esa iluminación en Navidad, pero con el paso de los años todo había cambiado y era bonito porque daba un aire melancólico que le gustaba.

Oyó un suave sonido detrás de ella y se puso alerta. Su silueta era imposible de confundir y relajó el cuerpo cuando lo vio a través del reflejo del cristal.

—Lo de cerrar la puerta no es lo tuyo, ¿no?

Ella nunca se olvidaba de cerrarla.

—Buenos ojos te vean, Rinna.

Martina giró el cuerpo en la butaca y lo vio allí de pie en la penumbra. Su postura siempre había sido la de un general con el suficiente poder para hacer temblar a todos aquellos que en ese momento ella tenía en la diana.

Bernabé avanzó hacia el centro del salón y ladeó la cabeza con una fugaz sonrisa.

—¿No te sientes una mujer afortunada? Solicitas mis servicios y no tardo ni una semana en estar a tus pies... ¿Sabes cuántas mujeres y hombres desearían lograr lo que tú tienes en estos momentos?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Sabes que te pareces más de lo que crees a tu hermano Marcelo?

El italiano se rio y fue hacia ella, cogió la botella de vino, una copa y se acomodó en la butaca de al lado.

—He seguido tus pasos, señorita Mencía, y veo que has cogido carrerilla desde que nos despedimos en Puerto Castro.

—Nunca me gustó perder el tiempo. Por eso te llamé.

—Nada menos que la Europol, aunque me da la sensación de que no será un destino definitivo.

—Y no te equivocas —dijo ella sonriendo.

Dio un lento trago al vino y se pasó la lengua por los labios muy despacio.

—Todos codiciamos lo que se nos niega, ¿no es así? Sabía que no tardarías en emprender tu particular cruzada, Martina, y no tienes miedo, no dudas en cada paso que das. ¿Por qué?

—Porque es lo que siento que debo hacer.

Rinna asintió.

—Vas a forjarte muchos enemigos. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía muy bien, estaba dispuesta a soportarlo, pero Bernabé eso ya lo sabía.

—Toda mi vida he estado rodeada de gente que ha querido que caiga. No será muy diferente.

Él entrecerró los ojos y acarició la copa de cristal con los dedos.

Mientras hablaba con ella, sus ojos rodaban con calma por todo su cuerpo. Estaba segura de que lo hacía a posta, disfrutaba alterándola desde que lo había conocido.

—Y supongo que tendrás un fuerte apoyo por parte de Kai Vila.

Ella asintió.

—Pero necesito tu ayuda, Rinna. Aunque, por tu expresión, cómo no, ya podías hacerte una idea.

Porque ya no era inspectora y su padre no tenía nada que ver con toda la mierda que estaba dispuesta a revolver y porque, en lo más profundo de su ser, no quería renunciar a ver a aquel hombre que le ponía los pelos de punta y al mismo tiempo la excitaba. Porque estaba cansada de seguir sola, de caminar sola, de pelear sola y porque ya no se consideraba tan buena persona ni tan buena policía, pero no le importaba... Él podía darle mucha información y ella podía hacer lo mismo por él. Y esa era la finalidad de todo, era lo que necesitaba, lo que estaba dispuesta a aceptar.

—Señorita Mencía, ¿me estás ofreciendo un trato?

Martina se puso en pie, caminó hacia él y se situó entre sus piernas. Rinna subió la vista despacio mientras disfrutaba de sus piernas desnudas ocultas hasta cierto punto por aquel camisón de raso. No quería confesarle su creciente decepción por todo lo que la rodeaba, por todo lo que había pensado que significaba algo: los valores, las

personas de su entorno, incluso lo que sentía por sí misma, porque había decidido renunciar a todo eso para lograr su fin. Pero tenía el apoyo de Kai, un apoyo muy importante para ella, ya que eso significaba aceptar que no se había vuelto loca, aunque él se lo había repetido a menudo como una letanía. Un trato con la mafia era algo improbable tiempo atrás, antes de conocerlo habría sido una insensatez de la que se habría reído a mandíbula batiente, pero, al final, los dos no se diferenciaban tanto. Rinna tenía razón y estaba segura de que, después de lo de Puerto Castro, Kai pensaba como ella. Lo conocía muy bien y eso era todo lo que necesitaba para seguir adelante.

—No. —Le quitó la copa y le rozó la mejilla con dos dedos—. Estoy aceptando el que tú me propusiste en su momento.

Bernabé levantó el rostro.

—Vas a tener que pelear, Martina... —Puso una expresión pícaro—. ¿Estás preparada para usarnos el uno al otro sin ningún tipo de remordimiento?

Ella sonrió.

—Por supuesto que sí.